
CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)

*Director y editor responsable: P. Dr. Lucio Florio
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

	3	Del dolor del hombre al sufrimiento de Dios
<i>Lucio Florio</i>	5	Aunque es de noche. La nocturnidad del mal y la figura del crucificado
<i>Silvia Anselmino</i>	13	Aproximación a la experiencia de la enfermedad y del acompañamiento
<i>Francisco Bastitta</i>	21	La pasión de los niños
<i>Angeles Zambrano</i>	31	Los chicos de la calle
<i>Alberto García Hamilton</i>	33	El corazón que late tras las rejas
<i>Juan Torbidoni</i>	41	Sufrimiento humano y sufrimiento divino en la cultura griega antigua
<i>Emmanuel Housset</i>	49	La misericordia como sufrimiento de amor
<i>Alejandro Mingo</i>	63	“Uno de la Trinidad santa padeció en la carne”
<i>Inés Vaccarezza</i>	79	“La luz del corazón” en Gonzalo de Berceo

El corazón que late tras las rejas

*Alberto García Hamilton (h)**

La cárcel es un lugar de detención donde los presos pasan un “período de resguardo, asistencia y recuperación social”¹. Un lugar en donde se reproduce la sociedad en pequeño y donde se manifiestan vivamente la miseria y el sufrimiento humanos. Contra éstos, el detenido no se inmuniza. Ni tampoco pierde sus sentimientos nobles.

“No, no había salida, y nadie puede imaginarse lo que son las noches en la cárcel”.

El Extranjero. Albert Camus

El ruido de las rejas que se cierran es patético. Los guardias armados, celosamente apostados en cada uno de los pasos, intimidan. El aire es distinto. El olor cambia. Los sonidos, la temperatura, todo es reconsiderado a medida que uno avanza. La sensación es la de sumergirse en una realidad densa. Y hacerlo significa penetrar el particular submundo de la cárcel. Al llegar allí, los hombres pierden muchos de sus derechos, pero no su capacidad de sentir. Ni de auscultar sus corazones.

“Apenas entrás, es feísimo. Hay mucha maldad y no se puede confiar en nadie”. Las palabras de Domingo Zaccagnino (32), condenado por robo, sintetizan bastante acabadamente la sensación que experimenta un *primario*, como llaman a quien ingresa por primera vez a un penal.

* Licenciado en periodismo.

¹ Institución Penitenciaria, Cap. 1 (El ingreso a la institución penitenciaria), pág. 10. Hilda Marchiori. Marcos Lerner Editora Córdoba. Buenos Aires, 1985.

“Los *perejiles* se mueren de miedo. Diría que es algo común a todos los que ingresan a una cárcel por primera vez. La mayoría siente también el abandono de sus familiares y amigos, aunque sólo sea en la primera semana”, cuenta la Hna. Telma, con veintisiete años de pastoral carcelaria y una dulzura en el trato que contrasta con su hábitat de predicación. “Y te aseguro que la cárcel no crea anticuerpos; al hombre nada lo hace inmune.”

Los hombres tienen un natural temor a lo desconocido. Y esto se agrava cuando se trata de un lugar que es inhóspito por naturaleza, en donde sus habitantes han perdido su condición de hombres libres y del que se conocen muchas historias negras. “Existen sentimientos comunes, especialmente en el *primario*, que entra con miedo y curiosidad; ingresa temeroso y mirando absolutamente todo. Distinto es el caso del reincidente, que vuelve con resentimiento, pero con otra actitud”, explicó Horacio Benegas, Alcaide Mayor (R) del Servicio Penitenciario Federal (SPF).

Hay un solo niño bello en el mundo y cada madre lo tiene.
José Martí

“Los sentimientos, el odio, la amistad, son propios del ser humano, y son los mismos afuera que adentro de la cárcel. Pero hay que saber que la prisión es un submundo, que está muy condicionado por el encierro, y los sentimientos existen en determinada proporción: en un convento de Carmelitas vas a encontrar más bondad que en la prisión. Pero cuando una persona está presa, se exageran los sentimientos buenos”, destaca Benegas. Con más de veinticuatro años en el SPF, asegura hablar con la autoridad que le da el “conocer el olor a orín de calabozo”. “Lo que más valora el convicto, en general, es la mamá”, afirma el alcaide retirado. “Aunque tal vez cuando está libre ni se acuerde”.

Benegas agrega que los hijos son la preocupación que sigue en orden de importancia, pero se asegura destacar la primacía de la madre en los sentimientos del detenido. Y, al referirse a las mujeres de los internos, deja claro que quedan en un segundo plano. “Lo que les importa es la madre. Después los hijos. Y la mujer... no, la mujer no tanto”.

“Lo que más deseo es que me respete mi familia y me perdonen mis hijas. Mi familia está golpeada..., pero me vienen a ver. No se rompió, pero el 80% de las familias se hace bolsa”, confiesa Fabián Rodríguez (42), quien purga una condena por robar un banco. Y proyectando sus deseos futuros, continúa: “Quisiera compartir con mis hijas, ir al parque con mis nietos... estando aquí, todo te recuerda a tu familia”, se queja.

Alberto Agüero (45) está preso por comerciar droga. Es evangelista hace dieciséis años, y se ganaba la vida tocando la guitarra en un local nocturno. Revela como uno de sus máximos dolores la vergüenza que sintió por sus hijos al caer preso. “Tengo cuatro hijos, de 16, 11, 8 y 5 años. Y tuve mucha vergüenza por ellos. Los he necesitado mucho estando aquí; y ellos me han necesitado a mí”, comenta con resignación este hombre canoso, cuyo semblante deja traslucir su mirada religiosa.

“Hasta el hombre más malo tiene sentimientos buenos, porque aman a su madre y a sus hijos. Los sentimientos de los presos son los mismos que tienen las personas que están en libertad, pero ocurre que en la cárcel se potencian mucho”, explica Adriana Von Kaull, con diez años al frente de María de las Cárceles, un apostolado que visita internos en los pabellones de siete cárceles en Buenos Aires. “Son las madres las que siempre visitan a los presos”, continúa. “La mujer siempre está al lado del hombre preso. Sea la pareja o la madre, la mujer es leal a los afectos. Las madres siempre estamos presentes,” destaca, involucrándose, “rara vez abandonamos”. Y la Hna. Telma coincide: “La madre no desaparece nunca”.

Von Kaull, autora de dos libros sobre pastoral carcelaria, subraya como contrapartida, que es notoria la menor cantidad de visitas que reciben las cárceles de mujeres. “La mujer presa siente mucho más el abandono que el hombre”, asegura.

“Es particular el caso de los menores”, distingue Benegas. “Es normal que les hagan planteos a sus madres del tipo de “¿por qué no me cuidaste?”. Los menores esbozan más resentimiento hacia sus familias, o enseguida les preguntan a sus madres: “¿Qué me trajiste?”, que es, en definitiva, lo que le pregunta cualquier chico que está en libertad.”

“Para hacer la vida soportable hay que acostumbrarse a las injurias del tiempo y a las injurias de los hombres”.

Chamfort

El mundillo carcelario está lleno de incertidumbre, aunque hay algo que los internos encontrarán infaliblemente: el sufrimiento. Éste se presenta en sus más disímiles variantes, y a veces de forma imperceptible para los demás.

“Cuando vienen mis hijos a verme, una vez que llega el “reintegro”, que indica que se termina el tiempo de visita, vos tenés que pararte, y empezar a caminar hacia tus espaldas. Y no te podés dar vuelta. Si lo hacés, los *cobani* (guardiacárceles) te castigan. Y tus hijos por ahí te gritan “¡papá!”, pero vos no te podés dar vuelta”. Alberto Agüero se detiene en su relato y sufre en silencio; es como si estuviera reviviendo ese momento.

“No sé por qué hacen eso los *cobani*...”, continúa, “es como si quisieran marcarte que ellos mandan. Yo hace dos años que estoy en Devoto, ¡y espero no volver nunca más cuando salga!”, comenta a modo de súplica.

“Aquí dentro no se puede confiar en nadie; esto es un desastre. Vivís tensionado”, asegura Domingo Zaccagnino. “Lo mejor es callarse y no hablar. Si te piden algo, da la mitad, te conviene. Aquí hay mucha maldad. Yo tengo a mi mujer y a mi mamá que me vienen a visitar, y tengo también una hija, pero no quiero que la traigan porque no quiero que sepa que el padre está preso; en el colegio la discriminarían”.

“¡¿Sabés lo que es levantarte a la mañana y esperar a que llegue la noche?!”, exclama Fabián Rodríguez.

“La victoria sobre sí mismo es la mejor de las victorias”.

Platón

La fortaleza de carácter de los que ingresan al penal será determinante en su cautiverio. La ley del más fuerte impera en los penales, si bien la fuerza física no es la más importante. Se vive en un estado de lucha permanente, en donde una muestra de debilidad puede implicar una pérdida de *terreno*.

“La imprenta es fundamental”, remarcó Héctor (30), para luego traducir: “La psicología”. “Todo el mundo se abusa del más débil. Se están fijando continuamente... y si ven que flaqueás...”. Héctor hace una mueca indicando un mal presagio. El cumple una condena por robo a mano armada.

Fabián Rodríguez tiene el pelo crespo, entre morocho y canoso. Vive en el sector que en el penal de Devoto internamente denominan “la villa”, uno de los pabellones más inhóspitos. Habla como quien tiene la situación controlada, dando la sensación de haber traspasado algún umbral. Es afectuoso en el trato y asegura tener buena conducta. Este hombre es uno de los cabecillas, uno de los presos “respetados”: un *pluma*. Y, aunque coincide en que “acá es mucha psicología”, asegura que “no sirve ser buenito en la cárcel. El preso es malo con el preso. Tenés que salir a flote con personalidad”, asevera.

“Una de las cosas más terribles acá es la superpoblación”, cuenta Rodríguez. “Y hace unos años, estábamos ya completos cuando entran cinco presos más. Eran tipos experimentados que al llegar al pabellón dicen: “nosotros queremos una cama”. Entonces empiezan la recorrida y te van mirando a la cara; y vos tenés que defender tu cama. Pero entonces yo propuse pelearnos con la policía. ¿Para qué vamos a pelearnos entre nosotros, si nuestro enemigo es la policía? Y empezamos todos a gritarles a los policías”.

“Entonces entraron y nos cagaron a palos. Nos cagaron a palos”, repite para dejar claro. “Yo terminé inconsciente. Me llevaron 20 días a los *buzones* (celdas de castigo). Y bueno, después de eso, te ganás cierto respeto. Saben que estás por robar bancos, que te peleaste con la policía, que tenés huevos. Y van por el más débil”.

La Hna. Telma comparte, en cierta forma, el parecer del prisionero al destacar la sensibilidad psicológica que adquieren los internos. “Son muy psicólogos y muy sagaces. ¡Es increíble como te tratan dos horas y te definen! Si a uno lo tienen individualizado, se pueden defender de él. Y se crean máscaras y una coraza para defenderse. ¡Potencian el individualismo para poder sobrevivir!”, remarca.

“La unidad, que venero más allá de la diversidad, no es una unidad aburrida, gris, mental, teórica. Es la vida misma, llena de juego, de dolor, de risas”.

Hermann Hesse

Alberto Agüero estaba rebosante de alegría. Claro, era su último día en la prisión; quedaba en libertad al día siguiente. Pero, amén de su circunstancial estado de felicidad, se reconocía con una alegría más profunda sustentada en su espiritualidad evangelista. Y reconoció haber pasado “cosas lindas” en la cárcel. “Yo pensaba que me llevaba el mundo por delante. Me sentía ganador. Pero al llegar acá, Dios me hizo abrir los ojos. Conocí mucha gente, muchos que dejaron la droga estando aquí o que hicieron otros progresos. A muchos les hablé de Dios y del perdón”, explica.

“Los presos tienen sus momentos de alegría. Uno se da cuenta porque lo ve en la forma de comportarse: están más eufóricos o tienen una sonrisa en la cara. Y estas alegrías pueden ser frecuentes, como con el caso de las visitas, que ocurren dos veces por semana, o por motivos más decisivos como cuando salen en libertad o al enterarse de una condena menor a la esperada”, cuenta Horacio Benegas.

“Para el hombre que está preso, su familia es lo máximo. Cuando van a recibir visitas, los internos se preparan durante dos días: consiguen almohadones, mate, una mesa. Ponen todo lo necesario para que estén bien”, explica Von Kaull.

A los que entran al penal una y más veces luego de haber salido en libertad se los conoce como *cachivaches*. Gerardo (43) es uno de ellos. Cumple una condena por tres años, pero tiene en su haber condenas cumplidas por cinco, tres y dos años. “Hay gente para quien su familia está acá”, asegura, “que no sabe adónde va si sale”. A mí un día me llega la libertad y me sentí un poco angustiado por lo que dejaba: un grupo de personas con los que convivís, compartís la comida, el sueño, tus penurias. Cuando te vas, dejás parte de vos aquí. ¡¿Cómo no voy a acordarme de tu cumpleaños, si eras de mi *rancho*?!

“El *rancho* o *ranchada* es la jerga para los grupos que se forman, generalmente para comer, y en donde se comparten los *paquetes*, que son las donaciones que les hacen las visitas. Quien no tie-

ne familia que le provea algún *paquete*, normalmente lava, plancha, limpia o sirve la mesa. Estos son los “*parias*”, explica Benegas. Y recuerda que el ser humano tiene un instinto gregario que es el que induce la formación de las *ranchadas*. “Si se diera una pelea dentro de una *ranchada*, sus integrantes tratarán de arreglarla, ya que existe también un instinto de conservación del grupo”.

“Cada uno de nosotros está solo, y cuanto antes un hombre lo comprenda, mejor para él”.

Jerzy Kozinski

Como ocurre con todas las situaciones en las que se manifiesta la condición humana, en la cárcel existen algunas muestras de solidaridad o de progresos personales. Hay quienes han dejado la droga, quienes inician o retoman estudios –cuyos niveles de reincidencia en el delito son ínfimos-. La pastoral carcelaria cuenta, entre sus apóstoles, con ex presidiarios. Algunos condenados, al llegar con miedo a la prisión, son recibidos por sus pares en forma que sorprende.

“Estando como Jefe de División en Caseros, me mandan llamar los internos del pabellón de máxima seguridad. Se habían enterado de que tenía que operar del corazón a mi hijo de siete años y se ofrecían para donar sangre. Me dijeron que lo hacían porque trataba bien a sus visitas”, revela Benegas en tono intimista.

“Antes de caer la primera vez, yo no sabía qué era esto. Pero soy de San Martín, y en todas las cárceles hay gente de San Martín. Entonces dicen: “Ah... este es del barrio, y te cuidan”, confiesa Fabián Rodríguez.

La Hna. Telma destaca la solidaridad que constata en los presos en los ratos de oración. “La problemática social del país está siempre presente”, asegura. Y agrega: “He tenido experiencias increíbles. Los que llegan por primera vez tienen mucho miedo. Y los que lo hacen al hospital de la cárcel, porque vienen heridos con algún balazo o por lo que sea, son acogidos por sus pares en la sala. Los acogen en sus miedos y los protegen contra el celador, según dicen ellos. Porque sabés que hay celadores buenos y no tanto”, reconoce la religiosa.

“Todos los hombres sanos han pensado en su propio suicidio alguna vez”.

Albert Camus

“En veinticinco años que estuve de servicio, sólo hubo tres suicidios”, rememora Benegas. “No hay gran cantidad. Aunque ocurren más debido a acontecimientos en sus vidas privadas. Se dan más en los procesados que en los condenados: éstos están entregados, mientras que los procesados están en lucha permanente con sus pensamientos”.

Fabián Rodríguez, el *pluma* ladrón de bancos, reconoce haber aprendido en la cárcel que el hombre es un animal de costumbre. “Cuando te parece que te quebrás, siempre seguís... Bueno, en verdad... algunos se suicidan... Yo pensé en el suicidio...”.